

JOSE TORIBIO MEDINA

LOS  
ERRAZURIZ

NOTAS BIOGRAFICAS Y DOCUMENTOS  
PARA LA HISTORIA  
DE ESTA FAMILIA EN CHILE

ADICIONES Y AMPLIACIONES

POR

CARLOS J. LARRAIN

SANTIAGO DE CHILE

1964

## XIV

### DON FEDERICO ERRAZURIZ ECHAURREN

Hijo primogénito de don Federico Errázuriz Zañartu y de doña Eulogia Echaurren, don Federico Errázuriz nació en Santiago el 16 de diciembre de 1850, en circunstancias que su padre, entonces Diputado, estaba preso por el gobierno de Montt debido a su actuación subversiva en la Sociedad de la Igualdad. De una menguada contextura física, feo y travieso, inició sus estudios primarios en los jesuitas de Santiago y terminó sus humanidades en el Instituto Nacional. Ingresó luego en el curso de Leyes y recibió su título de abogado el 26 de marzo de 1873, cuando su progenitor ocupaba el solio presidencial.

El joven Errázuriz no sintió atracción por el foro y decidió administrar la hacienda de Colchagua, situada en la provincia de este nombre, extenso latifundio que heredara su madre de los Herreras, sus antepasados por línea materna. El futuro mandatario había de contagiarse con la malicia y socarronería del campesino chileno, que fueron sus características peculiares<sup>60</sup>.

---

<sup>60</sup>Para la redacción de este Capítulo nos hemos basado casi exclusivamente en la obra de nuestro querido amigo D. Jaime Eyzaguirre "Chile durante el período de Errázuriz Echaurren", 1896-1901, que es un estudio excelente y definitivo sobre la actuación política de este mandatario. Además, el señor Eyzaguirre ha tenido la gentileza de revisar este Capítulo y hacerle algunas correcciones.

El atavismo político de su casta lo llevó muy joven a ocupar un asiento en el Congreso. Fue elegido Diputado en la Legislatura de 1876 al 79 por el departamento de Constitución, cargo que volvió a desempeñar del 79 al 82. Diputado luego por Rancagua desde ese año hasta 1885 y de nuevo por Constitución del 85 al 88, fue elegido una vez más por Cauquenes y Constitución para el ejercicio de 1891 al 94 y culminó su carrera parlamentaria siendo electo Senador por Maule en el período 1894-1900, sillón que abandonó cuando fue promovido a la Presidencia de la República.

Opaca y sin relieve fue su actuación parlamentaria. El joven diputado no era orador, ni polemista, ni tenía arrestos de caudillo como su padre y tantos otros miembros de su familia. Medido y prudente no participó en los debates doctrinarios que enardecieron los ánimos en el período de Santa María y prudentemente se ausentaba de la Cámara durante los acuerdos y votaciones. Durante la tormentosa administración de Balmaceda, como miembro del Partido Liberal se halló en la oposición, pero, sin embargo, con el propósito de aplacar o evitar una catástrofe que se vislumbraba, aceptó la cartera de Guerra y Marina que le ofreció este mandatario, participando en el Ministerio llamado de Conciliación encabezado por don Belisario Prats. En el desempeño de este cargo, don Federico Errázuriz demostró cierto razgo de energía reprendiendo al General Orozimbo Barboza, incondicional secuaz de Balmaceda, por el atrevimiento que tuvo de hacer presentar armas y revistar la tropa en el Cuartel de Artillería a don Enrique Salvador Sanfuentes y a don Juan Mackenna, ex ministros y amigos íntimos del gobernante, pero simples particulares en ese momento.

Aunque simpatizaba con la causa del Congreso defensor de la Constitución, don Federico Errázuriz, por prudencia o por sagacidad, no participó directamente en ninguno de los actos de la Revolución del 91, y en los momentos más álgidos de la contienda, escudándose en su salud, se trasladó a los Baños de Cauquenes. Después del triunfo de la oposición volvió nuevamente al Congreso elegido, como vimos, por los departamentos de Cauquenes y Constitución. De acuerdo con su táctica política, su actuación fue discreta y apaciguadora, evitando que los partidos vencedores se ensañaran con los militares subalternos vencidos y su firma aparece al pie de la ley de amnistía.

Su salud siempre delicada lo obligó en marzo de 1892 a partir a Europa para someterse a una operación. Residió año y medio en el viejo mundo recorriendo diversos países y tuvo ocasión de visitar al Sumo Pontífice León XIII<sup>61</sup>. De regreso a su patria en octubre del año siguiente, volvió nuevamente, y acaso con más brío y entusiasmo, a ocuparse de la política activa. Elegido en 1894

<sup>61</sup>D. Federico Errázuriz llevó a París en 1893 alguna indumentaria de campo chilena y a veces hacía visitas a algunos importantes personajes, posibles futuros electores, revestido de poncho y sombrero colchaguino para demostrar su amor al terruño. Naturalmente, llevaba estas prendas en un paquete que abría al llegar a la casa o al Hotel del visitado, lo que no impidió que algunos afirmaran después que lo habían visto en la Opera y otros sitios elegantes vestido de huaso colchaguino.

Senador por la provincia del Maule y Consejero de Estado, participó en el Gabinete como Ministro de Justicia e Instrucción Pública, desempeñando esa cartera desde el 26 de abril hasta el 14 de agosto de ese año, y como siempre su actuación fue sin relieve.

A pesar de una trayectoria tan anodina, no fue por cierto una sorpresa para los amigos personales, los parientes y relaciones políticas, la candidatura de don Federico Errázuriz a la Presidencia de la República, para suceder a don Jorge Montt, cuyo mandato terminaba en 1896. En realidad puede decirse que se preparó para ella desde la más tierna infancia. Parece que una vocación familiar alentada por el inconsciente y una voluntad decidida lo impulsaban a este destino. Desde la adolescencia escribía diariamente numerosas cartas y tarjetas de saludo, felicitación o pésame, a gente que a veces, apenas si conocía. No olvidaba onomástico, bautizo, enlaces o defunciones, fiestas de Pascua o de Año Nuevo, o cualquier oportunidad propicia para enviar un atento saludo, preparando así un ambiente de simpatía y un clima favorable para un futuro evento. Tenía, como algunos grandes políticos —don Arturo Alessandri, por ejemplo—, una prodigiosa memoria retentiva de nombres y apellidos y se le grababa la fisonomía de cualquier individuo. Con estos dones especiales, la prudencia y sagacidad con que se manejó en el Parlamento, escurriéndose oportunamente y sorteando los más graves escollos sin comprometerse nunca, ni herir a nadie, pero también sin faltar a la doctrina de su partido, se fue preparando la Presidencia en las más ventajosas condiciones.

El Partido Conservador, muy coaccionado en la época de la elección de 1896, no tenía interés especial, ni podía aspirar por falta de número, a imponer su propio candidato. Veíase obligado a apoyar algún liberal que le mereciera confianza y ofreciese las mayores garantías. En el liberalismo ambicioso bullían los candidatos: don Eduardo Matte era una de ellos, bien respaldado por el oro de su Banco y las columnas de su propia prensa; don Eulogio Altamirano, don Vicente Reyes, don Ramón Barros Luco, don Federico Errázuriz, etc., contaban cada uno con numerosos adeptos. No faltaban otros personajes, como el gran orador radical don Enrique Mac-Iver que reunía muchas simpatías, y entre los balmacedistas que ya asomaban la cabeza, se destacaban nombres como los de don Enrique Salvador Sanfuentes, don Adolfo Eastman y don Claudio Vicuña, que contaban también con muchos partidarios. Por fin, después de muchos tanteos se perfilaron dos grandes corrientes: la que propiciaba la candidatura de don Vicente Reyes y la de don Federico Errázuriz Echaurren.

Disponía el primero de muchos adeptos y poseía grandes condiciones que podían llevarlo a la Moneda: distinguido escritor que sobresalía por su espiritualidad, era entonces Presidente del Senado y en sus mocedades había sido miembro activo del Club de la Reforma. Contaba con el apoyo de los radicales y la simpatía de los balmacedistas y el clan Matte le procuraba la inapreciable ayuda de sus talegas y de su prensa. Pero en contra suya habían algunos inconvenientes: sumaba entonces 60 años, era algo abúlico y carecía de vigor para

una lucha ardorosa. Además hacía alarde de un espíritu ateo y volteriano, lo que chocaba con la pacata mentalidad de una parte considerable de la sociedad que era entonces muy religiosa, y esto le restaba muchos adeptos. Don Federico Errázuriz, su contendor, presentaba ciertamente mayores ventajas para la lucha. "Catorce años más joven que el señor Reyes —dice su biógrafo don Jaime Eyzaguirre—, don Federico Errázuriz Echaurren, su rival, pertenecía a la familia de mayor hábito político en toda la República. No había brillado en la prensa como escritor ni en el Parlamento por su oratorio, aunque su sagacidad y buen sentido eran conocidos de todos. En dotes literarios, lo vencía su maduro contrincante, pero el desquite se lo daba a don Vicente en otros sectores del espíritu. Chusco en el lenguaje, campechano y sencillo en el ademán, oportuno y generoso en el servicio, don Federico conquistaba simpatías y las sabía transformar en ardorosas adhesiones. Calaba con rapidez a los hombres con la sabiduría cazuza del hacendado y la experiencia manipuladora del político. Era diestro en recoger las ocasiones favorables y en empujar sin ruido, pero con eficacia, el curso de los hechos hasta la meta anhelada. Reclamaba el poder, no por calculada ambición y necia vanidad, sino por instinto aristocrático de mando. Sus vastas relaciones de familia —de una familia que conservaba intacta la virtud vasca de la unidad— le hacían llegar con su influencia a muchos lados. Tenía hermanos, primos y cuñados en las directivas liberales y conservadoras, y no le faltaban amigos entre los radicales y balmacedistas de nota. Su política en general suave no le había acarreado odios personales y le hacía mirar con optimismo sus perspectivas de candidatos".<sup>52</sup>

Después de muchas dificultades y peripecias ocurridas entre las fracciones liberales, se realizaron dos Convenciones y el nombre de don Federico obtuvo gran mayoría de sufragios quedando proclamado candidato, pero para obtener el triunfo definitivo necesitaba imprescindiblemente el apoyo conservador. Muy difícil era lograrlo pues estaba aún fresco en la memoria de muchos "la traición", "la patada", como se decía, que su padre había dado al partido en 1872 al despedirlo del gobierno y liquidar la fusión liberal-conservadora.

Actuaba todavía como uno de los grandes líderes del peluconismo, don Abdón Cifuentes, personaje de primera magnitud y víctima principal de aquel suceso, cuyo apoyo, aunque difícilísimo, era indispensable lograr. Entonces don Federico, demostrando dotes del más hábil político, jugó la gran carta: amenazó a los jefes de su campaña con renunciar a su candidatura lo que significaba sencillamente el triunfo, sin lucha, de don Vicente Reyes. Los conservadores se alarmaron y vieron el fantasma de la implantación de un extenso programa ateo, exámenes, grados universitarios, la instrucción pública entregada a manos anti-religiosas, en fin, todo lo que podía ser fatal para los intereses de la Iglesia. Asustadísimos buscaron rápidamente un arreglo y en una gestión postrera don Federico Errázuriz, comprometiéndose solemnemente a respetar el programa de la

<sup>52</sup>Obra citada.

enseñanza reformando la ley de instrucción pública y a dar una participación equivalente a cada partido en el Ministerio haciendo un gobierno liberal-conservador, consiguió en pocas horas la adhesión incondicional de este último conglomerado que le era indispensable para obtener el triunfo.

• • •

En aquella época las votaciones se efectuaban de un modo indirecto y entre los electores que deberían sufragar, don Federico obtuvo 143 votos contra 139 que logró su contendor. La ventaja era estrechísima y la votación fue reclamada por fraude ante el Congreso Pleno que acordó repetir la elección. La Alianza Liberal-Radical consiguió anular algunos votos que favorecían a Errázuriz y pretendió impedir el sufragio de cuatro parientes cercanos: sus hermanos Ladislao y Javier y sus primos don Silvestre Ochagavía y don Rafael Errázuriz Urmeneta, lo que había de dejarlo sin la mayoría absoluta necesaria. En estas circunstancias correspondió al Congreso Pleno decidir la elección y en ella resultó electo don Federico Errázuriz por 62 votos contra 60 que obtuvo el señor Reyes.

• • •

Graves problemas acosaban al gobierno de la nación cuando el 18 de septiembre de 1896, Errázuriz Echaurren se hizo cargo de la primera magistratura. Los partidos políticos apoyados en un desenfrenado parlamentarismo se tornaron cada día más poderosos, y no sólo entrababan las decisiones, sino que eran capaces de imponer su voluntad al presidente. Contaba éste con mayoría en el Senado, pero no en la Cámara donde predominaba un contubernio radical-liberal que no permitía al gobernante mantener la estabilidad de los gabinetes. Eran las consecuencias nefastas del triunfo de la Revolución del 91 que aniquilaba la voluntad del jefe del Gobierno en favor del predominio de grupos políticos que se complacían en derribar ministerios con cualquier pretexto, práctica del todo funesta para los intereses nacionales. La Alianza Radical-Liberal, en vez de resolver problemas candentes sólo pensaba destruir la coalición Liberal-Conservadora poniendo obstáculos a todos los proyectos del Ejecutivo.

A pesar de las trabas y cortapisas que interponía la oposición, el presidente Errázuriz no descuidó ninguno de los aspectos fundamentales, e intervino en todos los asuntos que requerían una solución. Se ocupó con mucho interés del aspecto educacional, científico y cultural; estableció el sistema concéntrico, con lo que inició una fundamental reforma en la educación secundaria. El Museo Etnológico, el Jardín Botánico, el Observatorio Astronómico, las artes y las letras fueron motivo preferente de la atención del primer mandatario. Intervino igualmente el Gobierno en la administración de la justicia y en las mejoras del régimen carcelario. Prestó asimismo, gran interés a las obras públicas, puentes, ferrocarriles, etc., y debió atender muy especialmente el problema

económico derivado de la industria salitrera que ya estaba en crisis con el pavoroso dilema de la cesantía. Se debe también a su Gobierno la dictación de una ley de servicio militar obligatorio que ayudó considerablemente a extirpar el analfabetismo e introducir hábitos de disciplina en el pueblo.

• • •

De todos los problemas que debió afrontar el Presidente Errázuriz, el más grave y urgente era la situación internacional amenazada de un conflicto bélico con Argentina. Confió con este fin la Cancillería al más digno y capaz diplomático, don Carlos Morla Vicuña que atendía la Legación en Buenos Aires, pero los obstáculos opositores sólo le permitieron desempeñar este cargo durante muy pocos meses.

La cuestión de límites con Argentina que estaba pendiente desde hacía medio siglo presentaba las más sombrías perspectivas y era motivo de hondas preocupaciones del mandatario. La demarcación cordillerana de la línea fronteriza por las altas cumbres siguiendo el "divortium aquarum" y la colocación precisa de los hitos, era materia de perpetuas discordias y presentaba dificultades sin fin. El problema de por sí complicado, se había agravado con el asunto derivado del derecho de ocupación de la región de la Puna de Atacama originado de la antigua delimitación de ese territorio entre Bolivia y Chile pendiente desde 1842 y sanjado, al parecer, por el triunfo de las armas chilenas en 1879, que había incorporado 80 mil kilómetros a la soberanía nacional. Pero el Gobierno del Altiplano, entendiéndose sigilosamente con el de Argentina, le cedió por un tratado secreto suscrito en 1889, una parte de ese territorio, y esto provocaba un nuevo conflicto de límites con este país, que el Presidente Errázuriz debió resolver con la cesión de una gran parte de aquella inhóspita comarca, que aún hoy día no tiene el menor valor, sobre lo cual la opinión pública hizo mucho caudal.

• • •

Con el propósito de no echarse dos enemigos encima al mismo tiempo, que en caso de un conflicto bélico hubiesen amagado seriamente el triunfo de nuestras armas, el Gobierno del Presidente Errázuriz decidió primero llegar a un arreglo con el de Bolivia, y ante el fracaso de su gestión, pensó granjearse la amistad del Perú, o al menos conseguir su neutralidad, llegando a un arreglo definitivo sobre las provincias de Tacna y Arica, dando así cumplimiento a una de las cláusulas del Tratado de Ancón. Con este motivo se pactó un convenio con el gobierno peruano por el que se sometía al arbitraje de la Soberana Regente de España, quien señalaría las condiciones en que debía efectuarse el plebiscito. Ambas naciones suscribieron un protocolo, llamado Billinghamst-La-torre, que el Perú aprobó de inmediato, como asimismo fue sancionado por

el Senado chileno, pero encontró seria resistencia en la Cámara de Diputados, donde se suscitaron largos debates y enconadas discusiones que dilataron definitivamente su aprobación. Dicho protocolo no fue nunca ratificado por el Gobierno chileno, porque éste se convenció que la decisión de la Reina de España permitiría votar a los nacidos allí, favorecería exclusivamente al Perú, y que perderíamos aquellas provincias sin lograr congraciarnos la amistad peruana.

El afán pacifista del Presidente Errázuriz lo llevó años después a designar como Ministro ante el Gobierno de Lima, a uno de sus más talentosos amigos, don Angel Custodio Vicuña, con el propósito de llegar a una solución directa sobre el problema de Tacna y Arica, en la que se estudiaba una compensación en dinero. Esta misión fracasó lamentablemente por el ambiente hostil e intransigente que encontró en el Perú, cuyo Gobierno pretendía que no había otra base de acuerdo que el cumplimiento del protocolo pactado.



Pero, indudablemente, de los problemas que se le presentaban al Presidente Errázuriz, el de mayor trascendencia y el más difícil de resolver, era la cuestión de límites con la República Argentina. En 1896 ambos gobiernos se habían comprometido por un protocolo a someter cualquier dificultad en la demarcación cordillerana al arbitraje de la Reina de Inglaterra.

Chile sostenía que la línea de frontera corría por las más altas cumbres, siguiendo el *divortium aquarum* y Argentina alegaba la línea de las cumbres absolutas. El Gobierno de la Casa Rosada se propuso dilatar y poner trabas a todas las demarcaciones, utilizando mil pretextos y ordenando a sus peritos "ganar tiempo", prosiguiendo el propósito de impedir el arbitraje y llegar a un arreglo directo aprovechando el momento en que nuestras arcas fiscales se hallasen extenuadas con los gastos exorbitantes que originaban los armamentos, buques y demás pertrechos y preparativos bélicos. La vecina República se encontraba infinitamente en mejores condiciones que nosotros, pues su riqueza aumentaba cada día, y además había encargado dos blindados a Inglaterra, que habían de darle una gran superioridad sobre nuestra escuadra. Cada una de las gestiones que iniciaba el Gobierno chileno para proseguir la demarcación de límites a lo largo de la Cordillera, encontraba la mayor resistencia del Gobierno vecino que promovía continuas incidencias y empleaba el método de obstrucción y dilación perenne, hasta que llegó el día crucial en que se exasperaron los ánimos con las fantochadas de la prensa y manifiestas provocaciones de la capital del Plata. Para la dignidad nacional no se presentaba otra salida que la guerra, que Chile no deseaba ni le convenía en forma alguna, y ante la inminencia del peligro, el Gobierno argentino se alarmó y comprendiendo que había ido demasiado lejos, echó pie atrás y aceptó recurrir al arbitraje inglés. En el fondo, aunque arrogante y amenazador, el pueblo argentino, en un 80 por ciento hijos

de emigrantes sin arraigo patriótico, temía la guerra y el Presidente Roca, que era un hábil político y un buen militar, sabía que, a pesar de la superioridad numérica, armamentos y dinero, no contaba con el factor humano, que favorecía a los chilenos, que es a la postre lo que decide las contiendas: el valor, la decisión, el arrojo y la temeridad. Alarmados con tan sombrías perspectivas, cedió y se prosiguieron normalmente las tramitaciones para llegar al arbitraje convenido. Y después de muchos meses de alarmas y zozobras se produjo la famosa entrevista en que los mandatarios de Chile y Argentina se abrazaron, (15 de febrero de 1833), en el Estrecho de Magallanes, sobre la cubierta del acorazado O'Higgins, con lo cual quedó sellada, al parecer, definitivamente, la paz entre ambas naciones.

Esto fue, muy resumido por que no cabe aquí mayor extensión, la obra grandiosa del Presidente Errázuriz Echaurren, a quien aún no se le ha hecho justicia, acaso por deficiencias de su vida privada.

"Mis aventuras para solucionar la cuestión argentina —escribe don Federico a su primo, don Matías Errázuriz, entonces Agente Diplomático en Buenos Aires—, han sido verdaderamente extraordinarias y me han dejado cansado..." Tan cansado y extenuado quedó, y tanta mella hicieron en su débil complexión las tremendas preocupaciones y la responsabilidad íntegra que asumió al dirigir personalmente la relaciones exteriores, ante el peligro siempre inminente de una guerra fatídica, el perenne estado de tensión nerviosa, la falta de cooperación de una masa opositora, su enconada obstrucción y mil otras contingencias, que minaron su salud, y lo llevaron a la tumba prematuramente víctima de una trombosis cerebral. Murió el día 12 de julio de 1901, contando 51 años y faltándole apenas dos meses para el término de su período presidencial.



Don Federico Errázuriz Echaurren, casó en 1875, con doña Gertrudis Echeñique Mujica (fallecida en París, en 1928), acaudalada dama, dueña de las haciendas de El Huique, Pupilla, La Laguna, San Pascual y otros bienes; hija de don Juan José Echeñique Bascañán y de doña Jesús Mujica Echaurren. Hijos:

1º Elena, nacida en 1877, casada en 1899 con el distinguido escritor y diplomático, don Renato Sánchez Gacia de la Huerta. c. s., y

2º Federico. Diputado en 1901-6, Vicepresidente de la Cámara. Falleció soltero muy joven.